

UNA COMEDIA INEDITA DEL LUNAREJO

Por Juan del Rímac

EL AMAR SU PROPIA MUERTE

(Continuación)

ESCENA XII

Jael y Heber Cineo

- Jael. Cual es aquesta pasión
que, airado, no me revelas,
que, silencioso, me callas,
que, suspendido, me niegas?
- Cineo. No es nada, Jael, no es nada.
- Jael. Mucho extraño tu aspereza.
- Cineo. Ni te está bien, ni me importa
el que mi desdicha sepas.
- Jael. (εp) Amante el pecho se enciende.
- Cineo. (ap) Celosa el alma revienta.
- Jael. O quién pudiera saberlo!
- Cineo. O quién decirlo supiera!
- Jael. Para qué el cariño tierno?
- Cineo. Para qué mi furia inmensa?
- Jael. Por pagar tantos halagos!
- Cineo. Por vengar tantas ofensas!
- Jael. Pudiera darle el alivio.
- Cineo. Darle la muerte pudiera.
- Jael. Ay, amor, lo que me debes!
- Cineo. Ay, honor, lo que me cuestas!

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

(Sale Cineo solo, vestido como Sisara)

Cineo. Ya los délficos fulgores
nos dejan de su luz faltos
y de los montes más altos
caen las sombras mayores.
La gala encogen las flores
de su resplandor primero,
y enlutando el hemisferio, (1)
mientras más desmaya el día,
brilla más la argentería
del vespertino lucero.
Ya en los cristales gallardos
que al sol servían de espejos,
si antes brillaban reflejos,
discurren borrones pardos;
la tiniebla con piés tardos
pesa los aires lucidos
y de su sombra abatidos,
se recojen lentamente,
las luces al occidente,
los pájaros a los nidos.
No es día ni noche ya,
más, pues ya es noche dudosa,
con el disfraz que me emboza
nadie me conocerá.
Resuelto ya el pecho está
a matar al Rey de Asor.
Acaben con tal rigor
mis celos, que en mal tan fuerte

(1).—Hemisfero por Hemisferio.

sólo es triaca la muerte
a venenos del honor.
Sólo, en aquel pabellón
quedó la siesta durmiendo;
y, entrándome en él, pretendo
ejecutar mi intención;
que, lograda esta acción,
Jael también morirá.
O mujeres, ciego está
quien no advierte, a buena luz,
cuando la mejor es Cruz
la que es mala, qué será!
El Rey defendió al soldado
que en casa escondido hallé,
sin duda el tercero fué
de su amoroso cuidado:
mas con el puñal dorado
que le rompa el corazón,
de mi ofensa y su traición
hoy el desdoro se acaba,
si sólo la sangre lava
borrones de la opinión.
El se duerme y pues yo rabio,
las cortinas le divido:
muera ya, quien se ha valido
de la púrpura en mi agravio. (1)
(Al querer correr la cortina, sale Vigote)

ESCENA II

Cineo y Vigote

Cineo. La Real Majestad no agravio,
pues ella, más, ay de mi!
un soldado viene allí:

(1).—El original en este lugar es de difícil lectura.

si conocido me ha?

no, que la noche entra ya,
y el rostro encubriré aquí.

Vigote. Cómo, Señor, no me oiste
todo lo demás del cuento?
sin duda que, de contento,
escuchar más no pudiste:
Sísara, tu amor consiste
en la traza que te doy.

Cineo. (ap) Piensa él que Sísara soy;
quiero fingir y callar,
quizá podré averiguar
el porqué se escondía hoy.

Vigote. Ya, como digo, estuviera
bien azotado en Zenim,
si, yendo acaso, Jabin,
al valle no lo impidiera:
pues para que el sol me diera
donde nunca a darme alcanza,
en cueros, por más venganza,
le mostré el particular,
al irme ya a foguear,
todo el envés de la panza.
Más ya te conté mi empleo,
mi riesgo y lo del papel,
la respuesta de Jael
y los celos de Cineo.
Oye, ahora, que deseo
darte un buen consejo yo.

Cineo. (ap) Cielos! Papel recibió
Jael. Cierta vino a ser
mi afrenta. Quiero saber
que es lo que ella respondió.
Y qué respuesta trajiste
de Jael al Rey.

Vigote. Ninguna,
que yo no traje más que una

al papel que tú mes diste.
 Y antes que el Rey la conquiste,
 pues la pretende también,
 tú, o gran Sísara, prevén
 gozarla antes, pues ya miras
 trocarse en favor las iras
 y en cariño el desdén.

Cineo. Qué es esto que escucho? Ay Dios!

Sísara y el Rey me ofenden,
 dos son los que la pretenden
 y los admite a los dos:
 sólo un crimen tan atroz
 caber pudiera en Jael:
 O alevosa, o falsa, o cruel!

Cómo, con tan doble trato,
 a uno envías el retrato
 y a otro admites el papel?

Vigote.

Dióle el papel mi oadía
 luego que me ví escapado:
 recibiólo, y con cuidado,
 leyó lo que en él venía.

Díjome respondería
 al papel y a tus amores
 y que fingía rigores,
 por ver si eres firme amante,
 para en viéndote constante,
 coronarte de favores.

Esta es su respuesta honrada,
 mi peligro y tu apetito.

Más, para qué lo repito.
 si te lo conté no ha nada?

Lo que importa es que en tu entrada
 te recates, gran caudillo,
 y no llegue a presumillo

Cineo, cuando le agravias,
 porque es grande cascarrabias
 el diablo del maridillo.

- Cineo. (ap) Hay angustia más esquivá?
Hay oprobio más violento?
Hay más amargo tormento
Hay pena más excesiva?
Mueran las paces que hice:
muera este Rey infelice:
muera Sí Sara que la ama
y muera quien me lo dice.
(Vale a dar con la daga y huye Vigote)
- Vigote. Detente. Hay tal demasia!
Mira, aguarda, espera un poco;
sin duda le ha vuelto loco
el contento y la alegría
Tras que tu Jael me envía
los favores que te alcanzo;
tras que en tinajas me lanzo
de miedo, sacas la daga?
No es bien que bravo te haga
quien al marido hizo manso.
- Cineo. Que tal oprobio haya oído!
Ah mujeres, ah mujeres!
- Vigote. Dar-me con la daga quieres,
qué más hiciera el marido?
- Cineo. Loco estoy, estoy perdido.
- Vigote. De contento, claro está.
- Cineo. Jael dió respuesta ya!
- Vigote. No es buena? No es dulce y linda?
- Cineo. Que tan liviana se rinda!
- Vigote. Eso la vida te da.
- Cineo. Grande es mi amor, mayor es
el premio de sus malicias.
- Vigote. Yo me voy que las albricias
tú me las darás después. (Váse)

ESCENA III

Cineo, después el Rey

Cineo. Los que me ofenden son tres,
Jael, Sísara y Jabín,
mueran todos y en su fin
del Rey mi venganza empiece,
pues duerme aquí.

(Corre la cortina y descubre al Rey durmiendo que habla entre sueños)

Rey. Amor merece
quien adora un serafín.
En premio de mis desvelos
me das tu copia, Jael,
grosero anduvo el pincel,
a urbanidad de los cielos.

Cineo. Averiguado he mis celos,
pues ya dice que le dió
ella el retrato, y mintió,
diciéndome que era hallado.
Si el discurso lo ha negado,
ya la idea lo admitió.
Muera y serán mi trofeo
estas memorias ingratas.

(Vale a dar)

Rey. Cineo, por qué me matas?
por qué me matas, Cineo?

Cineo. En sueños vió mi deseo;
grandes mis temores son.

Rey. Aquí me matan, traición.

Cineo. Temblándome el brazo está.

Rey. Favor!

Cineo. Gente acude ya
y es mucha mi turbación.
Aquí el real manto dejó;

toro seré, en tal empeño,
 que, no pudiendo en el dueño,
 en la ropa se vengó.
 Sepan que quien se la hurtó,
 pudo matarlo también:
 su lanza, por más desdén,
 hincada aquí lo declare:
 que si mi honor agraviare
 se la clavaré también. (Váse).

ESCENA IV

Rey, después Capitán y soldados

- Rey. (Despierta) Qué horror, qué congoja es ésta,
 válgame el cielo, tan fuerte?
 en sueños ví de mi muerte
 la tragedia más funesta.
 Reposaba aquí la siesta
 y hasta ahora me he dormido;
 de Cíneo me ví herido,
 (ap) no es mucho, que miedo tenga
 de quien en sueños se venga,
 quien despierto le ha ofendido.
 Qué es esto? Hay traición igual?
 Ya mi perdición recelo,
 mi lanza hincada en el suelo
 y menos mi mantoreal!
 Llamar quiero al General;
 Sísara, guardas, soldados!
 (Sale el Capitán y tres soldados)
- Todos. Señor.
- Rey. Ah, inclementes hados!
 quién mi púrpura robó
 quién esta lanza clavó
 sobre mis propios estrados?

Capitán Nadie, Señor, se ha atrevido
a entrar en la tienda vuestra :
de muchos que el cielo muestra
quizá este presagio ha sido.
De aquesos mil, afligido
el campo está.
Grande mal
temo del rigor fatal ;
pues guerra me hace el cielo ;
mi lanza, hincada en el suelo !
y menos mi manto real !
Idos de aquí. (vânse los soldados)
Que otra lanza,
soñé con susto y despecho,
que me atravesaba el pecho :
de Cineo la venganza.
Muerta miro la esperanza
de un amor que es inmortal,
pues, soñando, ví otra tal ;
y ahora advierte el desvelo,
mi lanza hincada en el suelo
y menos mi manto real !
Si el cielo mi muerte trata,
entre espejos y alabastros ;
si con caracteres de astros
la escribe en pliegos de plata,
cielo es Jael, que me mata,
de más luces y arreboles
que entre los rubios faroles,
que enciende el celeste polo,
el cielo tiene uno solo
y en Jael brillan dos soles.
Como de su beldad goces,
ni agujeros temas, amor,
ni en un soñado rigor.

(Voces dentro) Piedad, cielos ; piedad, Dioses !

Rey. Válgame el cielo ! qué voces

se escuchan en el real!
 De algún estrago mortal
 fué indicio un tal desconsuelo!
 Mi lanza, hincada en el suelo,
 y menos mi manto real!

ESCENA V

Rey, Sísara y soldados.

(sale Sísara y soldados alborotados)

- Sísara. Soldados, qué miedo es este?
 qué portentos o qué asombros,
 trágicamente acobardan
 vuestros ánimos heroícos?
 Dejad que el funesto pájaro,
 dejad que el nocturno monstruo,
 azote con torpes plumas
 el transparente Favonio; (1)
 dejad que sierpes de fuego
 de tanto cometa rojo,
 culebreando en el aire,
 formen tiros luminosos;
 Dejad... más, oh gran Señor,
 aquí estábais? pero, como
 cierra ya la noche, apenas
 vuestra majestad conozco.
- Rey. Estoy, Sísara, extrañando
 el rumor y el alboroto
 del ejército. Qué voces,
 General, son las que oigo?
- Capitán 1º Grande ruina amenaza
 el cielo.
- Capitán 2º Perdidos somos.
- Sísara. Cerrábase ya el Olimpo

(1).—Por otro nombre el Céfiro

y el orbe enlutando todo,
las palideces del día
a los desmayos de Apolo,
cuando vi bajar, qué horror!
con tardo vuelo, qué enojo!
por los aires, qué prodigio!
un feo buho, qué asombro!
que atemorizando el campo
con unos gemidos roncós,
paró el espantoso vuelo
y se me puso en el hombro.
Triste y torpe la facción,
emboscado en pluma el rostro,
lanudos los pies infames,
rubios los ojos redondos,
la parda pluma con manchas,
el cuerpo de talle corto,
dilatada la cabeza,
el pico amarillo y corvo.
Con el bastón vengar quise
atrevimiento tan loco,
mas, cayóseme el bastón
y repitiendo sollozos,
alzó el pájaro las alas
y le perdieron mis ojos.
Y al mismo instante, Señor,
de sobre aquellos contornos
de Azoret, (1) tu corte real,
rasgando el Euro y el Noto, (2)
se vió un cometa sangriento
de nubes densas a borto,
luciente pasmo del aire,
claro escándalo del globo;

(1) Asor, la capital del Rey Jabin.

(2) Vientos del Este y Sur, respectivamente.

vibró la radiante cola
con un estruendo sonoro,
presintiendo adversidades
y adivinando malogros;
quedó el campo amedrentado,
quedó el ejército absorto,
y por poder aplacar
los celestiales enojos,
con voces, llantos y grita
duplica el temor los votos,
sin advertir que es afrenta,
sin reparar que es oprobio,
teniéndome a mí, que teman
del cielo mortales odios;
pues de mi brazo a la sombra,
pues de mi brazo al socorro,
rogar los Dioses es culpa,
temer al cielo es desdoro.

Rey.

General, bien el valor
de ese pecho reconozco,
tan intrépido y bizarro
que ni aún se teme a sí propio;
mas, los ejércitos miro
amedrentados de modo,
que aunque los presagios muestren
la victoria por nosotros
y contra el Hebreo indique
agüeros tan portentosos,
el concebido temor
puede ser pánico asombro
que estorbe vuestras victorias
o ultraje nuestro decoro.

Capitán.

Veinte años ha que en campaña
nos ve el Hebreo, y en todos
no hemos visto señales
de tan sangrientos destrozos.

Rey.

Grande mortandad recelo.

- Sísara. Grande victoria dispongo.
Rey. A riesgos muchos me atrevo
Sísara. A triunfo cierto me arrojo.
Rey. Y aunque mi gente es copiosa,
Sísara. Y aunque el presagio es notorio,
Rey. Sólo el cielo me acobarda.
Sísara. Mi valor me alienta solo.
(Tocan dentro cajas de tempestad y sordinas)
Rey. Pero, qué atambores tristes,
pero, qué clarines sordos,
melancólicos alteran
tan fúnebres alborotos?
Sísara. Destemplado el parche brama
con estruendo lastimoso
y entristeciendo los aires,
gime el bronce más sonoro.
Todos. Qué es esto?
Rey. Turbado el pecho,
no lo sabe.
Sísara. Yo lo ignoro.
(Sale Lidoro alborotado)
Lidoro. El cielo, invicto Jabin,
el cielo, Sísara heróico,
contra nosotros pelea
y baja contra nosotros.

(Continuará)
